AÑO V — BUENOS AIRES, 15 DE NOVIEMBRE DE 1926 — N.o 249

BIBLIOTECA "F.V."

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

LA REALIZACION DEL IDEAL

Nosotros no entendemos un ideal revolucionario como un motivo de adoración en sí, como un nuevo fetiche ante el cual hay que postrarse de hinojos en actitud de acatamiento y de respeto. Un ideal revolucionario se ha hecho para mejorar la situación de los hombres, para elevarles hacia un plano de bienestar y de libertad que ofrece el sumum de posibilidades de desarrollo; es como una estrella que señala el norte de nuestros pasos, como una brújula que nos orienta en el camino hacia el porvenir.

El ideal no es nada si faltan los hombres que se esfuercen por su realización y hay que medir su virtualidad por el grado en que suscita la voluntad de su traducción en hechos reales, la tendencia a encarnarlo en la vida. Un ideal que no provoca un esfuerzo por verlo realizado, carece de significación, lo mismo que el individuo que dice amar una causa y no se agita, no se mueve en su defensa, miente.

Una de dos cosas: o el anarquismo no cuenta ya con la fe de sus adeptos, o bien sus adeptos no sienten en su corazón un átomo de pasión revolucionaria. ¿Cuál de los dos extremos explicaría mejor la situación actual? ¿No habrá esfuerzos por realizar el ideal de la anarquía, debido a que la anarquía es considerada irrealizable o bien porque los que se proclaman sus servidores y combatientes mienten una adhesión mil veces proclamada?. Sea como quiera, no entendemos, no nos explicamos la persistencia de esta crisis de actividades, que va en aumento en lugar de mostrar perspectivas de decrecer. Nos parece constatar que se habla del ideal, como se hablaría de cualquier otro fetiche: por hábito, pero en el fondo de los corazones existe una solución de continuidad entre el ideal revolucionario que se proclama friamente y el esfuerzo por realizarlo, esfuerzo que tiene que ser hecho de entusiasmo, de desbordamiento de vida, de pasión por la justicia.

¿Cómo se armoniza la convicción inalterable de la bondad de nuestra causa con esta ausencia de agitación, de voluntad, de inclinación a verla afirmada en la vida?

Es preciso reflexionar un poco sobre la situación en que vivimos. Una verdadera locura colectiva, cuando no un simple temor a represalías, mantiene un sistema de gobierno que en algunos países ha llegado a extremos de salvajismo indescriptibles. Por todas partes se levanta el Estado, el principio de autoridad, cada vez más arrogantes, cada vez más arrolladores. Por esa vía no hay ninguna perspectiva. La libertad y la justicia y el bienestar humanos no han de conseguirse mientras exista la explotación y la dominación del hombre por el hombre. Queda un ideal social insuperable; queda la anarquía. La anarquía es la única solución viable, efectiva, promotedora. Ni el fascismo, ni el bolchevismo, ni la democracia, ni la monarquía constitucional, logran encender en el corazón de los pueblos la llama creadora de la utopía. Muchos hombres pueden hallarse ligados por intereses egoistas, personalísimos, a las formas actuales o futuras del Estado y del capitalismo, pero por razones de adhesión espiritual y cordial, no hay defensores de un régimen de vida que estatuye la injusticia como norma, la desigualdad como principio, la esclavitud como fundamento. Sólo la anarquía, altamente proclamada, orgullosamente defendida contra los mercenarios del estatismo, puede poner en el alma de las grandes masas la semilla de las esperanzas vivificadoras, de las grandiosas realizaciones.

El aire social que se respira es sofocante, intolerable; nos asfixiamos en un ambiente moral corrompido, en una lucha desenfrenada de todos contra todos; la solidaridad y la fraternidad de los hombres han dejado hace mucho de ser factores de evolución. El capitalismo avanza por caminos cada vez más homicidas, cada vez más antihumanos. Entre los efectos de la exaltación morbosa del estatismo por una parte y el desarrollo aplastador del capitalismo por otra, el hombre pierde cada día más la noción de su humanidad. Se convierte en simple instrumento para el Estado y para el sistema económico del capitalismo. ¿Cómo contemplar sin zozobras, sin inquietudes, sin sobresaltos esa situación trágica? ¿Hacia dónde vamos? La avalancha rueda por el plano inclinado, ¿cómo detenerla antes de que sus estragos sean irreparables?

La anarquía es la solución. Unicamente con la libertad, únicamente con el hombre libre podremos iniciar la edificación de un nuevo mundo. Trabajemos, luchemos, afirmemos con tanto más vigor nuestra causa cuanto mayores serán los obstáculos que se presenten. El ideal de la anarquía no es un fetiche, no es un ídolo a quién es preciso adorar de rodillas; es una solución social, económica, moral, a los males de la vida presente y requiere fuerza de músculos, energía de voluntad, tensión de nervios para infundirle el soplo de la realidad y darle la eficiencia necesaria.

Todos los hombres de sentimientos nobles y elevados que quieran venir a realizar la anarquía, a conquistar un mundo nuevo para los desposeídos y los explotados, un mundo nuevo para todos los hombres, tienen un puesto en nuestras filas.

AHI COLGADO

Hasta que se seque o hasta que sea reemplazado por el "duce"

Sumario de este número

REDACCION:

La realización del ideal

La separación del Arte y del Estado

Bibliografía

E. LOPEZ ARANGO:
El dogma de la evolución

LILLIAN BROWN
El anarquismo de Emerson

D. A. DE SANTILLAN
Ensayos y experiencias

MAX NETTLAU
La Internacional en Buenos Aires y 1872-73

HUGO TRENE
De la organización anarquista

A. KARELIN
¿Qué es la anarquía?

JEAN GRAVE:
Páginas de la vida de un propagandista

RAFAEL BARRET
Mi anarquismo

E. LOPEZ ARANGO

El dogma de la evolución

No pertenecemos a esa clase de hombres que, aun cuando hablan frecuentemente de ciencia, terminan por aceptar la existencia de leyes fatales, de origen ignoto, encargadas de regir los destinos del mundo. Ese fatalismo, que se disfraza con el dogma científico y tiene sus fundamentos en teorías que atribuyen todos los males a la sociedad, a la burguesía y al medio ambiente — como si el individuo no fuera un factor determinante del progreso social — contribuye a adormecer los sentidos y a desarmar de su intransigencia ideológica a las minorías que pugnan por forzar la pausada marcha de las rezagadas multitudes.

La confianza en el progreso y en la civilización, la creencia de que el mundo marcha en línea recta hacia planos superiores, el mito evolucionista, aceptado como algo que está fuera del hombre y de sus propias facultades creadoras, hace que la revolución esté subordinada al flujo y reflujo de la marea social. Ni horizontal ni perpendicularmente se manifiesta esa ley evolutiva. La marcha de la humanidad, a través de los siglos, en sus sucesivas etapas, traza una línea curva, que si no tiende a unirse por los extremos, tampoco señala en el tiempo una trayectoria regular. Y así se explican las bruscas transiciones de los pueblos, los saltos en el vacío, el retorno a la barbarie de naciones civilizadas... la continua reacción de los espíritus sacados de su quietud por el choque de las pasiones y la resurrección de la animalidad pretérrita.

Si las leyes de la evolución fueran algo tangible, si representaran el mismo principio matemático que las leyes de la mecánica universal, no serían posibles esos cambios bruscos en la dirección de los pueblos. Pero es un hecho cierto que la teoría evolucionista no establece como dogma la imprescindible trayectoria, en línea recta, del progreso humano. Señala simplemente el punto de partida de la humanidad y busca en la historia elementos de juicio para comprobar la existencia de una civilización, que tiene múltiples aspectos y puede avanzar y retroceder sobre un plano determinado por el impulso de fuerzas materiales, ciegas, difíciles de someter al contralor de una teoría moral.

Tomadas las leyes evolucionistas como simples comprobaciones del progreso de la humanidad en el terreno de la antropología (evolucionismo de Darwin: del mono al hombre), y explicando ese proceso de acuerdo con las conquistas materiales realizadas por los pueblos (materialismo histórico), Marx y sus discípulos crearon una escuela filosófica... La filosofía marxista elude el estudio de la entidad moral. Prescinde, aun en sus conclusiones sociológicas, del factor hombre. No da importancia al individuo en el juego de los acontecimientos, que para los marxistas están regidos por una ley fatal. De ahí que atribuyan todos los males a la sociedad y condenen por anticipado a los componentes de cada entidad social a sucumbir bajo la aplastadora influencia del medio ambiente.

He ahí la negación más terminante del progreso. ¿Cómo, pues, conciben la evolución los "materialistas históricos"? En forma mecánica: por la transformación uniforme de las condiciones sociales, políticas y económicas, que a su vez transforman a los individuos mediante un extraño proceso de asimilación y adaptación.

Los anarquistas, en cambio, sin desconocer la importancia que tiene el medio y la influencia que ejercen sobre el individuo las condiciones políticas y económicas en que vive, consideramos que el factor determinante más poderoso es la voluntad. Si hay hombres que reaccionan contra la rutina y se elevan por encima del montón; si hay seres dotados de más sensibilidad y capacidad que el resto de sus contemporáneos, y porque son sensibles e inteligentes se rebelan contra las imposiciones del ambiente; si una minoría inquieta, de amplio espíritu comprensivo, surge como fuerza reactiva para romper el uniformismo de la sociedad que a todos aplasta, ese fenómeno significa que en todo avance progresivo intervienen los descontentos, los que no se conforman con lo establecido, los que luchan contra el fatalismo que mata la voluntad en el resto de los hombres.

De ceñirnos al concepto evolucionista, sin tener en cuenta los factores que determinan esos constantes avances y retrocesos en la marcha de los pueblos, no tendrían explicación los fenómenos sociales que llamamos reacciones. ¿Cómo puede un hombre, en circunstancias especiales, abatir a todo un pueblo, destruir de un golpe certero un sistema que se le creía fruto de la conciencia popular, la lógica resultancia de las revoluciones operadas en el transcurso de los siglos?

Las reacciones bolchevique y fascista son elocuentes. De un solo golpe la humanidad retrocedió en varios siglos. Se dirá que esos son fenómenos puramente locales y que, por lo mismo, no universalizan el problema de las revoluciones y contrarrevoluciones. Sin embargo, es necesario tenerlos muy en cuenta, ya que caracterizan todo un período histórico y representan la corriente más poderosa opuesta a la evolución "normal" de la humanidad.

Es indiscutible que el medio ambiente determina la cultura de los pueblos y eleva del término medio cultural a una minoría de individuos. Pero el individuo obra siempre como factor reactivo en la uniformidad plasmada por la rutina y la tradición histórica, siendo a la postre el que vence las barreras morales que impiden su avance y el que crea las condiciones sociales favorables a todo cambio en las costumbres, los hábitos, la moral y las ideas del conjunto humano. De otro modo, si no fueran los descontentos los iniciadores de toda obra de progreso, si no existiera una minoría en constante pugna con el ambiente, ¿cómo se explicarían las transformaciones de la vida social? ¿En qué forma demostrarían su existencia las leyes de la evolución? Quizás como pretenden hacerlo los marxistas: atribuyendo a la "fatalidad histórica" todos los fenómenos de la mecánica universal... de cuyas leyes no tenemos siquiera una remota idea.

No confundamos, pues, la teoría evolucionista con el "fatalismo histórico" de los discípulos de Marx. El determinismo no es una ley ajena a las facultades pensantes, pasionales y éticas del individuo. De ahí que el medio ambiente no represente el único factor de los factores: es el hombre, por su voluntad, el que determina su propia existencia o, careciendo de ella, el que se resigna a soportar toda clase de humillaciones e infortunios.

Quien no tiene el valor de las propias opiniones o las cambia, no por convencimiento de hallarse en el error, sino por no poder soportar la miseria ni los reveses de la suerte, ni los golpes de los hombres, no es un hombre, es una planta que anda y no vive, vegetando con todos sus sentidos materiales.

Narada-Bar (Filósofo hindú).

LILLIAN BROWN

El anarquismo de Emerson

Todo gobierno, en su esencia, es tiranía. — EMERSON

Cuando el mundo se aprestó para celebrar el centenario del nacimiento de Emerson, todas las revistas, diarios y periódicos de Norte América dedicaron espacios especiales a fin de comentar "El poeta Emerson", "El Panteísmo de Emerson", y etc. Nada o casi nada se dijo de su enseñanza anarquista. Y esto nos pareció lo más natural en un país como el nuestro.

Es por eso que deseo hablar de esta faz de su carácter desdeñada por muchos, y tan importante. Es que en los años próximos, cuando sea olvidado el filósofo Emerson, el poeta Emerson y el panteísta, exornado con los laureles habituales de los clásicos, a quienes se deja en su solitaria preeminencia sin discutirles y aceptándolos en una aquiescencia desapasionada, el Emerson reformador, el libre pensador, el individualista ha de quedar como una fuente de vivas energías y ha de ser reverenciado con la apasionada simpatía del hombre que hablará a otros hombres más modernos.

Los poetas de Estados Unidos, excepto Poe, Lanier y Whitman, son voces que no nos llegan a los oídos y al corazón a la mayoría de nosotros. La *Concord School*, a fuerza de su interés meramente histórico, ejerce una muy pequeña influencia sobre la mentalidad de la nueva generación. Los así llamados clásicos Lowell, Longfellow, Whittier, Bryant y Holmes no irradian mucho más allá como poetas que en los libros de textos. El único lazo con que retienen a los adultos modernos no está en relación con las musas poéticas, sino a través de los acontecimientos que los retrotraen a los días vividos por ellos. El temperamento revolucionario de la quaker Whittier — extraña paradoja — es sólo vital conexión entre el espíritu de la antigua escuela con la nueva.

Hay un elemento en esencia de esas impotentes voces de los pseudo clásicos que no despiertan eco alguno en nuestras almas. Los libros que llevan sus nombres quedan inertes en nuestros anaqueles sin abrir. Son los silenciosos testigos de lo transitorio de la adulación popular. Es significativo que todos esos poetas recibieron el beneplácito de la fama, precisamente por sus mentiras y una más o menos substancial recompensa por los productos de su pluma. ¿Y la visión del miserando Poe, con su fisonomía contraída por un rictus de amargura trágica nos narra otro cuento que el de la proverbial pobreza, de la desdeñosa indiferencia del público hacia el genio, quien está destinado fatalmente a padecer torturas mil, mientras frente a esa visión se yergue la figura complaciente y llena de suficiencia de Longfellow, que sonríe benignamente al mundo que lo ama y lo paga abundantemente por su prolífico talento?

Aunque la poesía de Emerson continúa inamovida en su alto rango y se la ha calificado de pertenecer al nuevo ciclo de los poetas ingleses, él, como poeta, disminuye cada vez más su influencia sobre las nuevas generaciones en la misma proporción que se acrece la demanda por Whitman y Poe.

Como filósofo panteísta el noble de Emerson, puede ser comparado con los Shelley y Wordsworth, y hallarse al lado del holandés Spinoza y del brillante florentino Giordano Bruno.

Como librepensador, como anarquista, Emerson es único — aunque aquí también descubramos cierto parecido con Jesús y Shelley, se halla más concomitante con Tolstoy, cuyo anarquismo, impregnado como está de una filosofía trascendental, casi mística, le rescató de la escuela materialista francesa y rusa, de la cual derivan Miguel Bakunin, Kropotkin y los hermanos Reclus. Una importante distinción ha de hacerse todavía acerca de su bravura al insistir sobre la soberanía del Individuo.

En sus *"Essay on Self-Reliance"* (Ensayo sobre la confianza de sí mismo), más que en otros libros, escribiendo, hizo sonar las trompetas en un llamado para la emancipación del ente individual; emancipación contra el peso muerto de las rutinarias virtudes tradicionales; contra la esclavitud espiritual de la familia y contra las cadenas de supersticiones y de lugares comunes del pueblo. *Indagad vosotros mismos, tened confianza en vosotros mismos y en vuestras opiniones*, son sus reiteradas palabras. "Quién quiere ser un hombre debe ser forzosamente un no conformista". "Podrá ansiar y alcanzar las palmas de la inmortalidad, pero no deberá dejarse arrastrar por el mero concepto del bien, sino investigar si es un verdadero bien". Y vuelve a repetir: "Bien y mal no son más que nombres que muy prontamente pueden referirse a esta u otra cosa; la única rectitud ha de derivarse del mismo código moral; y lo que está mal es lo que va en desmedro de mi personalidad". Y continúa el profeta revolucionario: "No vivas más tiempo con aquellas personas que fundan sus esperanzas en ti, engañándote y engañándose, y con quienes conversas a diario. Dile a ellas: ¡Oh padre, oh madre, oh hermanos, oh amigos, viví entre vosotros sólo a través de vanas apariencias hasta ahora! Desde ahora en adelante soy una Verdad". Palabras que nos recuerdan las frases de quien veinte centurias hace proclamaba su misión en estos términos inconfundibles: "He venido a este mundo para proclamar la guerra del hombre contra su padre, de la hija contra la madre y de la nuera contra la suegra. Y el hombre será el enemigo de su propia familia".

¡Palabras revolucionarias si las hay, tendientes a remover la base de la sociedad — que es la familia!

Si Emerson viviera en estos días de turbulencia reaccionaria, no existe casi duda ninguna del rol que desempeñaría en la revolución social. Podemos imaginarlo, como a un Tolstoy norteamericano, un no resistente, un no resistente-pasivo, en la quietud de su retiro, viviendo en el goce de una vida sencilla; aislándose en un rincón como un semidiós, y alejado de lo más cruento del conflicto; aunque dedicando sus ocios olímpicos a la causa de la libertad, entreteniendo a algunos espíritus escogidos de la época con hospitalidad benigna y paternal.

Realmente si hemos avecinado a Emerson con Shelley y con Wordsworth a causa de sus apariencias metafísicas, en lo íntimo y en la psicológica fase de su naturaleza se pareció a Tolstoy, tal vez más que a ninguna otra figura literaria de los tiempos modernos. Lo mismo que el gran ruso, su psiquis, su ánima anhelaba ansiosa y apasionadamente el acuerdo entre sus hechos y sus deseos más internos; pero la carne logró su victoria sobre el espíritu de esos dos grandes genios; mientras que sus mentalidades fueron puras y sin mácula. Paganas naturalezas en el fondo, que ni la herencia del puritanismo norteamericano, ni el aguirido ascetismo ruso pudo acallar, los imperiosos llamados del cuerpo los tuvieron atados a la tierra; naturalezas que nunca temieron los poderes temporales conociendo muy bien en cambio cuál peligro acecha en su senda a la fiereza de alma que se atreve a todo en la conquista de una libertad ilimitada; esa alma que no conoce quietud alguna en sus más escondidos rincones, mientras la opresión hace estragos en el mundo de los hombres.

Es dudoso que la partícula de anarquía emersoniana fuese de un tipo constructivo. En lo que se conoce de sus escritos no se sabe que hayan formulado teoría alguna acerca del establecimiento de una sociedad futura. Las ideas de cooperación voluntaria o de ayuda mutua, desprendiéndose del ideal norteamericano de la mayoría, es indudable que no pudieron ser alojadas en la constelación de su conciencia. Al contrario, él hace notar la urgencia de un cambio y el peligro de adorar ciegamente el ideal democrático y el gravísimo peligro al que se halla condenado si concluye en estagnación y suicidio.

"En este país — dice en uno de sus ensayos políticos — nos envanecemos de nuestras instituciones políticas, las cuales se singularizan por ésto: al haber nacido dentro de la memoria de los hombres vivientes y con el apropiado carácter y las condiciones del pueblo al cual reflejan aún con suficiente fidelidad — cincuenta años hace — (1), y nosotros ostensiblemente las preferimos a todas las demás que hubo en la historia. *Ellas no son mejores, sólo son adecuadas a nosotros.* Demócratas por nacimiento no estamos calificados para juzgar las monarquías, lo que, cuando nuestros padres vivían en las ideas monárquicas, podían hacer relativamente bien. Pero nuestras instituciones, aunque coincidan con el espíritu de la época, no están exentas de los mismos defectos que desacreditaron a otras formas de gobierno. *Todos los Estados son obligadamente corrompidos. Un hmbre bueno no debe obedecer las leyes, ni al pie de la letra, ni ciegamente, eludirlas más bien".* ¿Qué sátira más poderosa para un gobierno, y qué censura más severa entraña para él la palabra *político*, que por siglos significó malicia, astucia y falsía, dando a entender que el Estado no es más que una trampa para el hombre de bien?

Emerson poseyó en grado asombroso el optimismo y la serena fe propia de los profetas religiosos; su conciencia cósmica fué parecida a la de un semidiós por la tranquila confianza que le animaba a creer ciegamente en el bienestar radiante y último que le tocaría a la humanidad en su etapa de perfección final. Veía en los disturbios y revueltas de la historia europea y su social cataclismo, la futura oportunidad para construir el carácter humano bajo nuevas y más amplias normas; para él esas revoluciones eran bienvenidas, ya que abastecerían del necesario material para volver a moldear el alma humana, en algo más sensitivo y más noble: el superhombre. Veía ilimitadas oportunidades para el continuo crecimiento espiritual. "La filosofía de seis mil años no buceó aún en los escondidos aposentos del alma". Al presente se debate en la inmundicia y la pobreza; sin embargo oye en sí misma "esa música, fluído de las armonías siderales, donde todo es bueno y malo", y que aun en el fango y en la hez" siempre hay algo que entona su canto".

Su verdadera misión ha sido la de descubrir, ante la ceguera de los otros, las almas que se ocultaban bajo las más cruda apariencia. Con el criminal, el ex hombre, el libertino, él se identifica en el alma de ellos, cuya potencialidad compara con la suya. Todo vicio, toda virtud que un hombre pueda experimentar se encuentra latente en él. De ahí su optimismo. De ahí su actitud ante la investidura de toda autoridad. El mejor gobierno es un mal necesario, porque el hombre interpreta el gobierno como "una grotesca farsa y una sátira": "cuando menos gobierno y menos leyes y menos poderes investidos, mejor".

Aunque dijimos que el anarquismo de Emerson hubo de ser dudoso que alcanzara formas constructivas, hay que reconocer, empero, que él tuvo la visión plástica de las futuras condiciones de una sociedad de vivientes normas, libres de la maquinaria del estatismo, impregnada de un espíritu religioso, que estuviera desprovisto de todo institucionalismo.

Cuando el *Carácter Humano* llegue a ser una fuerza social, el Estado será innecesario, porque "el hombre sabio representará él mismo el Estado". Cuando los hombres conozcan el inapreciable don y mérito y el inmenso poder del carácter, no tolerarán más ser oprimidos, ni ser opresores.

(De *The Road Freedom*).

No se vive plenamente sino viviendo con intensidad para los demás — GUYAU

Los grandes peligros tienen esto de bello: que descubren la fraternidad entre gentes que nunca se han conocido.

VICTOR HUGO

No basta poseer palabras dulces para decírselas a nuestro prójimo, sino que la dulzura y la bondad han de irradiar de nuestra alma. — FRANCISCO DE SALES.

D. A. DE SANTILLAN

ENSAYOS Y EXPERIENCIAS

Colonias comunistas en los Estados Unidos

I

Aprovechando la oportunidad de las discusiones entabladas en nuestra prensa sobre las comunidades agrarias a crearse, queremos permitirnos una breve digresión por el amplio campo de la historia, aun circunscribiéndonos a los Estados Unidos, cuyas enormes extensiones de tierra fecunda atrajeron siempre la atención de todos los reformadores. Y comenzaremos a hablar de las comunidades religiosas, que por sus propósitos están tan lejos de lo que nosotros queremos. Sin embargo, allí donde brilla la llama de la utopía reconocemos un cierto parentesco espiritual y si eso no nos mueve a transigir con sus errores, nos predispone a una franca simpatía o a una benévola tolerancia. ¿Que qué es lo que interesan esas comunidades norteamericanas y su desenlace o evolución a la discusión entablada entre nosotros? Tal vez nada, pero ningún lugar ocupan las breves nociones que transmitiremos a nuestros lectores que las ignoren; esa convicción nos estimula a resumir algunos de los viejos ensayos y experiencias hechas por hombres deseosos de una vida mejor, en el territorio de los Estados Unidos. Dejaremos para otra ocasión los ensayos más modernos e incluso los actuales. De tanto en tanto nos permitiremos introducir alguna consideración personal.

Las comunidades a que queremos referirnos pueden ser catalogadas en cuatro tendencias: las religiosas, las owenistas, las fourieristas y las cabetistas. Los lectores que conozcan el inglés o el alemán y quieran saber más detalles al respecto, pueden consultar el libro de Morris Hillquit sobre la historia del socialismo en los Estados Unidos (1903), donde existe un excelente resumen.

Las comunidades más antiguas que se formaron en Estados Unidos fueron las de los *shakers*. La primera data de 1776 y se fundó en Watervliet, New York. Tenía un carácter religioso y sus miembros fueron sectarios perseguidos en Inglaterra por sus ideas. Las colonias de esa secta llegaron a tener 5.000 miembros. Después fueron decreciendo; en 1874 un historiador calculaba en 2.415 personas toda la población de los shakers en Estados Unidos; en 1890 eran unos 1.728, y hacia 1903 había unos mil miembros solamente. En su estructura interna las comunas de los shakers sostenían una jerarquía religiosa: la de los *novicios*, que vivían fuera de la sociedad y administraban sus asuntos por sí mismos, la de los *juniores*, o sea miembros a prueba, y la de los *seniores*, o personas recibidas enteramente en la comunidad. Esta última categoría renunciaba a toda propiedad privada y se dedicaba para siempre al servicio de la iglesia de los shakers. La unidad social de esas comunas era la "familia", compuesta de unas cien personas, hombres y mujeres, que vivían en común y, aparte de la agricultura, se dedicaban a una o dos industrias más.

Varias "familias", ordinariamente cuatro, formaban una "sociedad". Tenían un gobierno central compuesto por dos hermanos de edad y dos hermanas. Ese gobierno atendía tanto a la dirección de los asuntos religiosos como a los de la industria, nombrando autoridad para una función u otra. La disciplina y la obediencia eran dogmas indiscutibles.

Su concepción religiosa sostenía que dios era un ser masculino y femenino a un tiempo y que el hombre era originariamente hermafrodita. Vivían en estricto celibato, pues consideraban el matrimonio como una institución de categoría inferior. Aparte de sus extravagancias religiosas llevaban una vida sana y metódica; su comida era sencilla y nutritiva, casi generalmente vegetariana. Amaban la limpieza grandemente, se complacían en diversiones tranquilas, musicales, por ejemplo, cantos, etc. El comunismo de los shakers era de tal naturaleza que permitía la existencia de una "familia" rica mientras las otras vivían estrechamente. Hacia 1903, Morris Hillquit decía que la riqueza total de las quince sociedades de shakers que existían entonces se calculaba en muchos millones; sólo la tierra de su propiedad en el país abarcaba una extensión de 100.000 acres.

Una secta religiosa de Wuerttenberg (Alemania) perseguida por el gobierno y el clero, salió de Alemania hacia 1804 con unos 600 adeptos y se dirigió a los Estados Unidos. Su jefe era Georg Rapp. La mayoría de los "separatistas", así se llamaba la secta, eran campesinos y artesanos. Rapp fundó en el distrito de Lycoming, Pensilvania, la comuna "Harmony". En pocos años se levantaron viviendas, se instaló una escuela, una iglesia, algunos molinos y talleres, cultivando varios centenares de acres de tierra.

En 1814, viendo que el terreno en que estaban no era apropiado para sus fines, lo vendieron por 100.000 dólares y se trasladaron a Posey, Indiana, donde compraron una extensión de 30.000 acres. En poco tiempo hicieron de su nuevo hogar un lugar floreciente de trabajo. En 1824 la comuna tenía unas 1.000 personas. Ese mismo año vendieron la colonia a Robert Owen y se trasladaron a Pittsburg, donde fundaron el pueblo llamado Economy, donde levantaron pronto más de cien viviendas.

Por su espíritu de trabajo, donde quiera que los rappistas se aposentaban, florecía una hermosa localidad, talleres, campos cultivados y una vida comunal relativamente dichosa.

En 1831 la comunidad fué perturbada por la llegada de un aventurero llamado "Conde Maximiliano de León", a quien admitieron en Economy y que poco más tarde provocó una escisión llevándose 250 miembros y una suma de 105.000 dólares, con los cuales los disidentes fundaron en Philipsburg una comuna aparte. El supuesto conde los abandonó pronto llevándose una buena suma de dinero.

La mayoría de los rappistas, que había quedado en Economy, prosperó materialmente sin cesar. Al principio no querían el celibato, pero en 1807 lo introdujeron. Con eso fué disminuyendo su población; luego, tuvieron que alquilar jornaleros, hasta que por fin quedaron reducidos a un grupo de capitalistas acomodados. De su comunismo de la primera hora no quedó rastro alguno.

La misma secta de Wuerttenberg creó en Estados Unidos otra comuna con los adeptos perseguidos duramente en el país natal por no querer servir en el ejército ni hacer educar sus hijos en las escuelas públicas. Estos llegaron en 1817, en número de unos 200, a Filadelfia. Compraron algunos millares de acres en Tuscarawas, Ohío, y se pusieron al trabajo con entusiasmo. Al principio no se proponían instaurar una colonia comunista, pero después de alguna experiencia, en 1819 resolvieron introducir la comunidad de bienes y de trabajo. Fundaron herrerías, carpinterías, criaron ganado, ganando además algo de dinero con el trabajo para las granjas próximas. Como estaban dispuestos a una vida activa, pagaron la hipoteca del terreno que habían comprado a plazos y adquirieron nuevas extensiones de tierra. El jefe de esta secta se llamaba Josef Baeumeler y era un individuo de capacidad y de espíritu de empresa. La comuna se llamaba Zoar. Sus miembros quisieron vivir al principio en el celibato, pero después cambiaron de opinión. En 1832 la sociedad fué reconocida por el Estado de Ohío como "Sociedad de los separatistas de Zoar". Para su administración interna se nombraban tres delegados. Tenían un tribunal permanente de cinco miembros para resolver las disidencias internas y además se celebraban asambleas anuales en donde hombres y mujeres tenían voz y voto. La comuna de Zoar llegó a tener 500 miembros hacia 1832; pero en 1874 la cifra había bajado a 300, con un capital de más de un millón de dólares. Mientras la comuna fué pobre reinó la armonía; cuando llegó a disponer de cierta riqueza, comenzaron algunos miembros a hacer el ensayo de retirarse con una parte del haber comunal. En 1898 se resolvió la disolución; cada miembro recibió una suma de 1.500 dólares y Zoar dejó de existir.

La comunidad más importante fué la de Amana; los fundadores pertenecían a una secta religiosa originaria de Alemania. En 1842 los inspiradores de la secta se fueron a Estados Unidos, compraron en las proximidades de Búfalo unos 5.000 acres de tierra y después, en menos de dos años, hicieron llegar de Alemania alrededor de 600 hermanos. Instalaron fábricas, cultivaron la tierra, reconocieron la conveniencia del comunismo y prosperaron de tal modo que en 1855 tuvieron que cambiar de residencia, comprando 20.000 acres de tierra cerca de Davenport, en Iowa, donde se estableció la comuna de Amana. En 1903 tenía siete pueblos con unos 1.800 habitantes. Existen todavía. Los pueblos administraban sus asuntos por sí mismos; la administración central de la comuna se nombraba anualmente por votación. Las familias vivían independientemente, pero disponían de comedores comunes. Para la compra de ropa se destinaba anualmente una suma determinada para cada miembro. El depósito común del pueblo contenía lo que los miembros necesitaban y se podía retirar de él artículos por una suma que se estipulaba todos los años. Las aldeas disponían de escuelas propias. En las épocas de las cosechas ocupaban jornaleros extraños. No prohibían el matrimonio, pero tampoco lo favorecían.

Un tal Keil, fundador de una secta, creó en 1844 una colonia comunista en Shelby, Missouri. Sus partidarios compraron 2.500 acres de tierra, con muy pocos medios, pero con un excelente espíritu de trabajo. Esa fué la comunidad llamada Bethel. En pocos años cultivaron una buena parte de la tierra, establecieron un telar, un molino, un aserradero, diversos talleres, una iglesia y un depósito principal. Y su prosperidad les permitió comprar otras 1.500 acres más; hacia 1854 la comunidad constituía una población de unas 650 personas.

El doctor Keil, acompañado de unos 80 miembros de Bethel, partió en 1850 en busca de un nuevo lote de tierra barata y buena. En 1851 organizó la colonia Aurora en Oregon. El número de los colonistas alcanzó pronto a 400, compraron 18.000 acres de tierra en diversos distritos de Oregon, establecieron talleres como en Bethel y emprendieron además el cultivo de árboles frutales.

La personalidad de Keil mantuvo mientras vivió la armonía y la concordia en ambas comunas, la de Bethel y la Aurora. La vida en estas comunidades era muy libre; el comunismo entre los miembros fué de lo más acabado; si se llevaba contabilidad para las operaciones con el mundo exterior, entre los miembros era desconocida.

El fundador de esas dos comunas murió en 1877; dos o tres años más tarde se disolvieron ambas creaciones, faltándoles el lazo de conexión que significaba el doctor Keil.

Otra comunidad religiosa famosa fué Oneida, fundada por John Huphrey Noyes, el creador de la secta llamada perfeccionista. Sus primeros discípulos fueron los miembros de su familia.

La comuna de Oneida se fundó en 1848. Los comienzos fueron bastante deficientes. Se organizaron fábricas de varios objetos y tras muchos contratiempos recién hacia 1857 comenzaron a obtener algunas ganancias. En 1874 la comuna era propietaria de 900 acres de tierras y sus miembros ascendían a 300. La comuna tenía un complicado aparato administrativo; había una superabundancia de elementos intelectuales en ella. Se practicaba el amor libre, se sostenían magníficas escuelas y se editaban libros y revistas para propagar las ideas comunistas religiosas de Oneida. Noyes inventó la "crítica mutua", que sustituía al castigo y mejoraba moralmente a los miembros.

La crítica se hacía en público. La co-

MAX NETTLAU

La Internacional en B. Aires en 1872-73

Las informaciones precisas sobre las primeras organizaciones socialistas en la Argentina son tan raras que valdría la pena presentar en el *Suplemento*, que se consultará siempre como una colección cada vez más grande de documentación social, un documento del tiempo de la Internacional, fechado el 23 de marzo de 1873.

Es una carta del secretario general de las secciones de Buenos Aires, *A. Aubert*, a un internacionalista de Burdeos, E. Latraque, entonces refugiado en Santander (España).

Se sabe que Paul Lafargue tenía relaciones personales en Lisboa, y gracias a ellas la Internacional en Burdeos, forzada a vivir subterráneamente desde el año 1871, y desprovista de los medios para informarse libremente, había quedado en el jirón de la parte marxista de la Internacional. La "Lista nominal de los delegados que componen el... Congreso... celebrado en La Haya, Holanda, del 2 al 7 de septiembre de 1872" (Amsterdam, 2 ppdo. 8o.) nombra a: 65. *Vismot*, delegado francés. Fué el delegado de Burdeos, cuyo nombre es escrito muy a menudo Wilmart, Vilmart y también Wilmark. De Madrid escribió José Mesa, el 25 de octubre de 1872: ... "Nuestro amigo Wilmart ha partido para Buenos Aires el 15, de aquí, y se ha embarcado en Lisboa el 19. Ese pobre muchacho tuvo bastantes dificultades para hacer su viaje, pero gracias a nuestros compañeros de Lisboa pudo superarlas"...

Después de haber votado en La Haya la expulsión de Bakunin y de James Guillaume de la Internacional, ese Vilmart se ha ido, pues, pronto a la Argentina. Había evidentemente allí refugiados franceses, sobre todo, es probable, del suroeste, que pasaron muy fácilmente por Burdeos o a través de España, y un internacionalista de Burdeos, E. Latraque — sin duda, el que Engels, en una carta a Sorge, del 7 de diciembre de 1872, llama "Larroque, unser besten Mann in Bordeaux" (nuestro mejor elemento en Burdeos); Larroque está mal leído o mal impreso, en lugar de Latraque — escribe a uno de esos franceses en Buenos Aires, en el sentido de dar un impulso a su esfuerzo socialista y organizador incluso en el sentido de la Internacional.

Recibe esta respuesta, que envía el 25 de julio de 1873 a Engels, que le había escrito el 15. Latraque, amigo de Lafargue, habiendo quedado al principio en San Sebastián, había sido forzado, como otros, a irse a Santander. Mantiene relaciones con Burdeos, y dice que "el movimiento sindical de los obreros se propaga" y que los internacionalistas están a la cabeza de los sindicatos.

He aquí la carta recibida por Latraque:

"Buenos Aires, 23 de marzo de 1873.
Al ciudadano E. L., corresponsal de las secciones girondinas.
Ciudadano:

Su carta del 31 de julio de 71 (sic) no nos llegó hasta el 5 de enero de 73. En cuanto estuvo en nuestro poder la hemos comunicado a la asamblea general, que la acogió con los más puros sentimientos de gratitud.

Como usted dice, ciudadano, nuestro deseo constante fué siempre asociarnos por los lazos de la federación a nuestros hermanos de Europa, y es seguro que si su carta nos hubiese llegado antes no habríamos quedado hasta este día en el más completo aislamiento. Lo que nos ha faltado, querido conciudadano, son los medios de corresponder, las direcciones de las principales oficinas y, sobre todo, la del Consejo general; no hemos tenido nunca a nuestra disposición ni periódicos ni boletines de la Asociación.

Es con una viva satisfacción que vemos abirse una puerta ante nosotros, puesto que tenemos la dicha de entrar en relación con vuestras secciones, no seremos en lo sucesivo un grupo aislado de la gran familia, y al comunicarle nuestras necesidades nos atrevemos a esperar que usted pondrá interés en satisfacerlas.

Hay actualmente en Buenos Aires tres secciones internacionales, basadas en la diferencia de lenguas: la sección francesa; las secciones italiana y española se formaron después; cada sección tiene su Comité central particular y las cuestiones de interés general son tratadas por un Consejo federal, compuesto de seis miembros (dos de cada sección).

No hablaré de las dificultades que tuvimos que vencer al comienzo. Usted sabe, como nosotros, que se persuade difícilmente a los que viven bajo el imperio del error; sin embargo, a fuerza de trabajo y perseverancia, y a pesar de los ataques incesantes de la prensa, hemos podido difundir y hacer germinar la semilla, nuestras filas se acrecientan insensiblemente de ciudadanos abnegados, y podemos considerarnos desde ahora como sólidamente constituidos.

Contando con su amabilidad para comunicarnos las piezas e informaciones que pueden sernos útiles, termino rogándole que reciba nuestros saludos fraternales.

A. A.
Secretario general de las secciones de Buenos Aires"

He aquí la manera de dirigirnos las cartas:

Mr. José Tonassi (Relojería de los Alpes).
Calle Corrientes, núm. 220.
Para remitir a M. Aubert.

Nuestra carta iba a ser enviada al correo cuando recibimos noticia, por intermedio del ciudadano Wilmark, que usted se ha trasladado a San Sebastián.

Timbre (color gris-verde): *Asociación Internacional de los Trabajadores. Sección francesa de Buenos Aires. — No deberes sin derechos. — No derechos sin deberes.*

De esta carta resultaría que los internacionalistas franceses que habrán hecho emigrar a Buenos Aires la caída de la Comuna y la represión general en Francia en 1871, formaron allí un grupo francés y que los elementos de lengua española e italiana, atraídos por esa propaganda, han constituído después grupos de sus idiomas y que esos tres grupos o secciones se han federado. Esos franceses habían estado bajo el imperio, a pesar de ser socialistas y de la Internacional, tan poco en contacto formal con los Consejos federales, que en Francia, fuera de París, no existían, ni en el Consejo general de Londres, ni con las Internacionales de los otros países (el Consejo general no gustaba de esas relaciones *directas*), que es perfectamente posible que se hayan encontrado sin conocimiento del mecanismo de la Internacional, de las direcciones, etc., y en cuanto a los periódicos, habrían podido informarse fácilmente por los periódicos belgas y suizos de la Internacional, que aparecieron regularmente durante largos años, pero esos periódicos debieron serles desconocidos o inaccesibles en Francia mismo, con mucha más razón en Buenos Aires. En Francia no había verdaderamente un periódico que apareciera con alguna regularidad para poder informarse por él, y en Italia igualmente, a excepción de la *"Plebe"* de Lodi, eran tan militantes y pasajeros y no habían reconocido nunca el mecanismo oficial de la Asociación, que no han contenido informaciones de esa especie. Hubieran podido encontrarlas en los grandes periódicos de España, *"La Federación"* de Barcelona y otros, pero como no recibían periódicos no debieron conocer tampoco éstos.

De ahí se supondría que los internacionalistas militantes españoles no habrían llegado a Buenos Aires o no cooperaban con el ambiente de donde procede esa carta. Por lo demás, es bastante probable que en esos años de 1868 a 1873, cuando la revolución rugía en España y los esfuerzos y las luchas se acentuaron hasta las grandes crisis de 1873, emigraron muy pocos militantes y, por azar, ninguno llegó a Buenos Aires. Si se dijese que la pequeña organización de que Aubert fué secretario, es evidentemente del partido del Consejo general, y que siendo anarquistas los militantes españoles e italianos, se habrán abstenido de ese ambiente, han quedado aparte o han formado sus secciones propias, diría que nada lo prueba aún y que habría que demostrarlo. La carta no hace suponer que la corriente antiautoritaria existía ya. Por Vilmart, esas secciones han debido ser informadas en sentido autoritario — las persecuciones en España, después de la caída de la república, habrán llevado en 1874 ciertamente refugiados o emigrados de la Internacional española a Buenos Aires, y sería posible que entonces se hiciera camino la idea antiautoritaria — en marzo de 1873, fecha de la carta, no era conocida aún, parece, porque los antiautoritarios españoles, italianos y franceses sabían entonces a qué atenerse sobre el Consejo general, que para ellos no existía.

Si esas tres secciones que existían en 1873 y que han tenido que informarse tarde o temprano que la antigua organización con Londres por centro no existía ya, etc., se han desvanecido, y si, después de la llegada (supuesta) de militantes españoles desde 1874, han sido fundadas en los grupos antiautoritarios, colectivistas-anarquistas, que han debido formarse en los años siguientes, eso es desconocido para mí. Pero tal vez, siguiendo el hilo dado por esta carta, se llegará, por medio de investigaciones locales, a desenmarañar estas cuestiones de los orígenes de la organización o de los grupos de propaganda anarquista en la Argentina.

Octubre 9 de 1926.

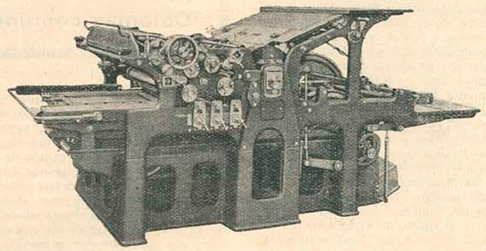
muna prosperó más de treinta años; en 1880 se transformó en sociedad anónima y como tal debe continuar aún, pero no conserva de su anterior comunismo más que la biblioteca, la sala de lectura, el lavadero y los establecimientos. En realidad se convirtió en una empresa capitalista más.

Después de mencionar los ejemplos anteriores de comunas religiosas, transcribimos este comentario de Morris Hillquit:

"...Las comunas religiosas se fundaron para la satisfacción de necesidades religiosas, no con el fin de propagar el comunismo. Su comunismo era sólo un factor secundario para su existencia; en cuanto lo exigían sus intereses materiales, lo sacrificaban sin remordimiento de conciencia. Los shakers, los harmonistas, las amanitas, los perfeccionistas y otras comunas religiosas ocupaban jornaleros de afuera en sus campos y en sus fábricas, y hacia el fin de su existencia cesaron realmente de ser comunas y se convirtieron en sociedades agrícolas e industriales. Así, pues, su éxito material hay que atribuirlo más bien a su apartamiento del comunismo que al comunismo. En otras palabras, las comunas religiosas o sectarias abandonaron al fin su comunismo y se convirtieron en muchos casos en renditivas empresas comerciales"...

Después de referirnos a las comunidades socialistas, hechas expresamente con fines de propaganda socialista, formularemos nuestras objeciones y nuestros puntos de vista respecto de los ensayos y de las experiencias hechas por tantos hombres para ajustar la vida a los imperativos de la propia conciencia.

DE CASA



La ampliación del formato del diario nos ha obligado a adquirir una nueva máquina de imprimir, que está ya próxima a entrar en funciones. Las condiciones de la adquisición han sido dadas a conocer: la compañía importadora "Cotra" nos ha comprado por 3.500 pesos la "Albert"; la nueva máquina, marca "Planeta—Fixia—Rapid", de fabricación Alemana, una de las primeras que se instalan en el país, cuesta 13.000 pesos. Pagados 2.000 pesos al contado y descontados los 3.500 de la plana vieja, quedan 7.500 pesos que con intereses y seguros serán pagados en ocho cuotas trimestrales. Está demás decir que cada compañero nuestro debe comprender la necesidad de poner de su parte lo posible a fin de ganar nuevos lectores para nuestra prensa y salvar estos compromisos ineludibles. La imprenta de los anarquistas de la Argentina, como otras tantas veces, vencerá sus dificultades con la ayuda segura de la colectividad a que pertenece.

LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS

Por RICARDO MELLA
(Estudio y réplica)

Un volumen de 172 págs. en 8.

Precio $ 1.—

Se vende en esta administración

La separación del Arte y del Estado

Invitado a inaugurar el segundo *Salón de Sud-est* de Lyon, Paul Signac, el pintor neo-impresionista, presidente del *Salón de Independientes*, pronunció la siguiente alocución, en que expresó la idea de substraer el arte al tutelaje oficial:

"Yo no soy más que un viejo pintor independiente. No les traigo los cumplimientos oficiales, mas el viejo pintor expresa toda su alegría de haber sido elegido por sus más jóvenes colegas. A mi edad debo amar a la juventud. Es amándola y admirándola como se puede lograr nuevas fuerzas, evitando así de convertirse en un viejo retrógrado. Y si esa juventud desea mostrarle un poco de benevolencia, uno será ampliamente recompensado de lo que se pueda hacer por ella. Por eso les expreso toda mi satisfacción al encontrar aquí hombres que supieron libertarse de los convencionalismos y de subalternos intereses! Es un bello día para celebrar la fiesta del arte independiente!

En efecto, hoy es el triunfo del arte independiente, puesto que existe todavía en Francia un arte oficial, un arte del Estado, un arte del Instituto, el arte de los premios de Roma, y ya es tiempo de preguntarse si no llegó la hora de libertarse de esa desastrosa tutela y de proclamar, en fin, la separación del Arte del Estado.

Aquí se puede presentar a los pintores — quienes fueron los primeros en rebelarse contra los jurados —, los gloriosos expositores del Salón de Rechazados de 1863: Boudin, Lepine, Jongkind, el prestigioso Jongkind, que aun después fué rechazado en toda la madurez de su talento, por el Jurado de 1873, y cesó entonces de enviar sus obras a los salones de París. Después los grandes impresionistas Monet, Renoir, Sisley, Pissarro, Cezánne, Degas. Guiados ustedes por una clara razón, por una sólida voluntad que no se deja entorpecer por el snobismo, han reunido aquí estos maestros de la Escuela Francesa, malgrado el supuesto fracaso del Impresionismo, decretado por los neo-académicos y por los *camelots* de vanguardia. No se puede imaginar todo lo que nosotros le debemos a ellos, tanto como hombres y artistas. Fueron los libertadores; fueron los primeros independientes.

Es difícil, en efecto, formarse una idea de lo que era en aquella época el arte y la situación de los artistas. No había más que un salón anual, el de la *Société des Artistes Française*, sin que hubiera otros salones más liberales. *La Société Nationale des Beaux-Arts* y el *Salon d'Automne*, no se fundaron sino mucho más tarde. No había tampoco las salas particulares para las exposiciones personales o de grupos; ni los comerciantes en cuadros accesibles como los hay ahora, que se muestran más o menos desinteresados con los artistas jóvenes. En cambio, los artistas de entonces que no se querían someter al jurado de ese salón, que no tenían la menor probabilidad de ser recibidos por ese jurado, se hallaban en la imposibilidad de mostrar sus obras al público y condenados a reventar de hambre. Y los que se avenían a ser agradables a ese jurado, debían descender a todas las concesiones para ser admitidos, renunciar a su propia personalidad y atenerse a las reglas de los profesores a quienes deseaban complacer. Un jurado, cualquiera que sea éste, es el enemigo del genio impertinente, que inventa, evoluciona, osa y se renueva. Así es como nadie podría imaginarse cuánta bajeza, la indecible vulgaridad de las obras expuestas en los salones de aquella época. Eran más bien exposiciones de retruécanos, de sucesos diversos — como crónica de policía —, de lugares comunes del patriotismo, que pintura. Solamente Manet, el grande y dulce Puvis de Chavannes, Fantín-Latour, perdidos en esa feria de vanidades, representaban la buena tradición de la escuela francesa. Pero sus obras eran befadas e insultadas. Los visitantes y los expositores se retorcían de risa ante *El Bar*, de Manet, ante "El Pobre pescador", de Chavannes, mientras que admiraban los botones de los uniformes de los soldados de Detaille, "La Boda en el estudio del fotógrafo", de Dagnan Bouveret, las anécdotas de Gerome y las truculencias de Rochegrosse.

Ahora el arte no está más allí. De tiempo en tiempo en las vitrinas de los negocios aparecían las obras de los desterrados, o en sótanos que el generoso Caillebotte alquilaba para que sus amigos los impresionistas exhibieran sus obras al público. Pero no eran más que venturosas excepciones. Y los artistas seguían sin un medio para llegar al público con sus obras, sin pasar por la férula de un jurado. Fué entonces, en 1884, cuando nosotros fundamos la Sociedad de los Artistas Independientes. Desde esa fecha el arte pudo disfrutar de una relativa libertad. Y data de esa época la vivaz floración del arte francés.

Es en esa sociedad de los independientes que empezaron todas las generaciones de pintores que se subsiguieron a los impresionistas. Si todos no quedaron en alas de la fama, todos pudieron hacerse conocer".

Asamblea política

BIBLIOGRAFIA

Rudolf Rocker. — "Ideología y táctica del proletariado moderno".— Trad. de D. A. de S., 240 págs., 8.o Publicaciones Mundial, Barcelona. Precio 1.20.

Este libro, compuesto por diversos estudios y conferencias del compañero Rocker, será considerado, seguramente, en los países de habla castellana, como de una de las obras más apropiadas para la propaganda del concepto anarquista del movimiento obrero. Está compuesto por los siguientes trabajos:

Declaración de principios. — La lucha por el pan cotidiano. — El parlamento, el Estado y la socialdemocracia. — La fabricación de armas de guerra. — Sobre la esencia del federalismo en oposición al centralismo.

Rocker no es un desconocido entre nosotros, y este libro ha de ser tan leído como todos los demás suyos.

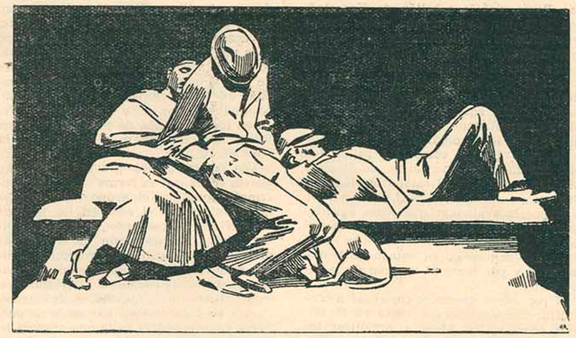
León Tolstoi. — "¿Qué hacer?. — Trad. de G. Kult, 222 págs., 8.o Publicaciones Mundial, Barcelona. Precio 0.80.

Esta profunda y sincera disertación de Tolstoi, que eleva el pensamiento y ennoblece el corazón, merece ser meditada y propagada por aquellos que, descontentos de la triste realidad de esta hora, buscan una salida y se esfuerzan por hallar una solución. Tolstoi nos hace comprender que el mal no está sólo fuera de nosotros mismos, que también está en nosotros. Es oportuna y sumamente útil para superarnos, la lectura de obras como ésta.

D. A. de Santillán. — "La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. 28 págs., 8.o Editorial LA PROTESTA, Buenos Aires, 1926. Precio 0.10.

Este trabajo ha sido publicado ya en el Suplemento, y como su título lo indica, estudia uno de los problemas planteados con caracteres de urgencia al proletariado moderno.

DESOCUPADOS



Dibujo de Garvens

F. Urales, *Suicidio de dos enamorados*. Núm. 41 de La Novela Ideal, Barcelona. Publicaciones de la Revista Blanca.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales. Organo del Centro de Estudiantes de Derecho y Ciencias Sociales. Buenos Aires. 208 páginas en 8o. Año XLII. Números IV y V.

Repleta de estudios jurídicos y de notas interesantes de actualidad. El secretario de esta publicación, B. Sierra, con un gran desconocimiento del asunto y con un odio de partido, fuera de lugar, resume la doctrina del contralor obrero en este país.

¡Aurora!, órgano mensual de la Federación Anarquista de la Región Sur de Portugal. Agosto de 1926. Número 9. Cercal do Alentejo.

HUGO TRENE

De la organización anarquista

La cuestión de la organización de nuestro movimiento ha preocupado siempre, de modo particular, a nuestros camaradas. Ahora sobre todo, después de la experiencia adquirida en la revolución rusa, una parte de los compañeros, en especial rusos, se han entregado al estudio de la cuestión, llegando a conclusiones que, en verdad, maravillarán a muchos. El "Grupo de los anarquistas rusos refugiados en el extranjero", sobre todo, llegó, después de un año de trabajo, a concretar un verdadero programa de organización y de trabajo, que si bien es cierto que no hallará el asentimiento general, merece en todo caso ser observado de cerca, singularmente por el modo en que ha sido planteada la cuestión.

Hace algunos meses tuvo lugar una reunión de compañeros de diversas nacionalidades en donde los representantes del grupo de los anarquistas rusos explicaron el resultado de este último año de trabajo tendiente a echar las bases para una organización del movimiento anarquista.

En esa reunión tomaron parte los compañeros italianos, franceses, búlgaros, etcétera, pero fueron los compañeros rusos los que mayormente sostuvieron la discusión. Es digna de notar la opinión del grupo de los anarquistas rusos, cuyo portavoz, Archinoff, se expresó así:

"La idea de una organización anarquista había nacido antes de la revolución rusa, pero ésta, sobre todo, nos ha demostrado la necesidad y la urgencia de la creación de una organización. Porque durante los acontecimientos rusos, a pesar de que las masas obreras siguieron con gran simpatía nuestras ideas, nuestro movimiento se puede decir que ha fracasado precisamente por la falta de una organización, y sobre todo de una organización única, precisa, tanto ideológica como práctica".

El compañero Archinoff sostuvo que para permitir al anarquismo que se encamine por una vasta ruta social y política, es preciso que ante todo salga de la práctica de los pequeños grupos aislados.

En esta época singularmente en que los frentes de lucha social y política son numerosos, es extremadamente necesario que el anarquismo adopte una táctica y una acción colectiva, como es también necesario que dé vida a un programa positivo y realizador.

La experiencia del grupo de los anarquistas rusos refugiados en el exterior es grande, como también es notable la labor realizada por él en la tentativa de concentrar las fuerzas anarquistas. Como base para la organización del porvenir, el grupo ha elaborado un programa.

Ese programa se divide en tres partes, esto es: 1) Cuestión general; 2) Constructiva, y 3) Organizadora. La que nos interesa sobre todo es la cuestión organizadora, que para nosotros se puede resumir en la idea de la creación de una organización que una a todos los militantes y presente todo el movimiento de un país. Pero para obtener esto, según nuestra opinión, es precioso: 1) Una ideología única; 2) Una táctica única; 3) Una responsabilidad colectiva; 4) El federalismo. Archinoff afirma que en particular la juventud exige que sea organizada y que se tenga algo positivo que exponerle. Y si nosotros queremos esa juventud es preciso someternos a esas exigencias.

Las masas trabajadoras estuvieron, en casi todos los movimientos revolucionarios, al lado de los anarquistas, pero el movimiento anarquista, hasta ahora no ha sabido satisfacer todas esas esperan-

zas. Como ejemplo podemos citar el movimiento revolucionario de los machnovistas en 1918-19. Otro ejemplo, siempre de Rusia, fué la rebelión de Kronstadt en 1921. Sin duda alguna, estos fueron movimientos revolucionarios que tendieron a abatir la tiranía del partido comunista para la instauración de una era de libertad. Si en Kronstadt, por ejemplo, hubiese habido un germen anarquista de organización, aquella revuelta habría podido desarrollarse y tal vez modificar todo el proceso de desarrollo de la revolución rusa. He ahí como la organización del movimiento anarquista le impidió ayudar y guiar en el campo ideológico a las masas revolucionarias. Por cuya razón podemos afirmar que todos aquellos movimientos anarquistas que no sepan hallar a tiempo la vía de la lucha colectiva, permanecerán en estado caótico e infantil y por tanto al margen de la revolución.

Y por eso es necesario comenzar a cristalizar ideológicamente, tanto en la táctica como en las ideas, y organizar los esfuerzos.

Pero, ¿cómo hacer?, se pregunta Archinoff.

Se dice que el anarquismo no es único, sino que existen tres corrientes, cada una de las cuales tiene su propio camino. Yo al contrario pienso que el anarquismo es uno, ideológicamente y por tanto tácticamente. Al mismo tiempo que el anarquismo lucha por las masas trabajadoras, lucha también por la libertad del individuo obrero. Sociológicamente tendemos al comunismo. El sindicalismo es un método de lucha que conduce hacia nuestro objetivo, nada más. En cuanto se refiere al individualismo, no es una rama del anarquismo cuando niega la lucha de clases y el principio de organización, igual que el objetivo final, el comunismo. Según mi opinión no es más que una manifestación de la irresponsabilidad que trata de hacerse un puesto en nuestras filas, pero al cual debemos combatir irreconciliablemente. El anarquismo, afirmó Archinoff, es la ideología de la clase obrera y su táctica. No es, por tanto, posible representarnos el movimiento de un país en diversas organizaciones siempre en lucha recíproca".

Estas fueron las ideas expresadas por el compañero Archinoff en nombre del grupo ruso; ideas que, aunque planteadas ruda, crudamente, pueden servir como amplia contribución a la discusión, sobre todo por tener una gran cualidad: las de ser muy claras, y esto no significa poco.

Pero en la misma reunión el compañero Volin, basándose en su experiencia también, adquirida durante la revolución rusa, sostuvo, en contradicción con Archinoff, un punto de vista opuesto y que merece ser también transcrito.

"En Rusia, dijo Volin, existía desde hacía mucho tiempo la idea de crear una organización única. Por ejemplo, la organización "Nabat" de Ukrania, organización que fué bastante fuerte y que realizó una acción vasta y profunda. Esa organización se basaba en el principio que las tres corrientes del anarquismo, que tenían suficientes puntos de contacto, podían trabajar ventajosamente juntas. Personalmente no creo que existan anarquistas partidarios todavía del aislamiento y que ignoren la necesidad de una organización y no deseen un programa claro y preciso. Pero la dificultad está en el modo de realizar la organización. Aquí hay dos opiniones opuestas. La comunista anarquista dice: la nuestra es la verdadera y la legítima, por consiguiente todas las demás deben desaparecer. Y si no ocurrió esto aún es porque hasta ahora existían algunos malentendidos.

Según mi opinión, en este razonamiento hay una contradicción. Si la idea anarquista comunista era ya clara y precisa, ¿cómo y por qué razones se quiere ahora precisarla? Pero esa concepción oculta, según mi modo de ver, un verdadero peligro, es decir el de la creación de una idea demasiado restringida y que seguramente obligaría a distanciarse de nosotros a numerosos elementos que, sin embargo, nos son muy útiles.

Yo también estoy de acuerdo con una organización única, definida; pero para llegar a esto es preciso que prepare el terreno una vasta discusión. Al respecto pienso que es perjudicial para una vasta difusión de nuestras ideas la creación de innumerables periodiquitos de ninguna importancia y alcance, mientras que creo sumamente útil la fundación de un gran órgano de libre discusión de nuestro ideal, pero donde la discusión sea hecha, no desde el punto de vista de un grupo o de una personalidad, sino desde el punto de vista general, porque sólo después de una amplia discusión y un vasto trabajo de esclarecimiento y de precisión, se producirá una seria aproximación. Pero en todo caso esta no podrá ser la obra de un solo compañero o grupo, sino la obra de tdos.

Veo, además, otro grave peligro que podría engendrar la forma demasiado restringida con que el grupo ruso concibe la organización: el caer en los mismos errores que reprochamos a nuestros adversarios. Porque según los siguientes principios: el partido, el programa, la línea política, el guía ideológico de las masas, es difícil distinguir la diferencia que existe entre los compañeros del grupo ruso y los bolchevistas. Ese modo de propagar nuestras ideas es lo que provoca la confusión. Y a propósito de confusión, y para concluir, el compañero Volin recuerda un episodio de incomprensión de las ideas anarquistas por parte de las masas:

En 1920, un momento en que había sido tolerada la propaganda anarquista, mientras yo mismo había logrado hacer una jira de conferencias por toda Ukrania, al encontrarme en Karkhof, una noche, en los locales de la Federación Anarquista Nabat, se me presentó una delegación de guardias rojos, con la siguiente proposición: "Hemos seguido — decían los delegados — la propaganda anarquista y estamos completamente de acuerdo con vosotros; por esto proponemos derrocar al gobierno de Karkhof, mañana, si estáis dispuestos vosotros a haceros cargo de él". Hasta aquí llegaba la incomprensión de las masas respecto de nuestras ideas mal digeridas.

La presente discusión no es nueva; se podría decir que es tan vieja como nuestro movimiento. Pero lo que me impulsa a ponerla en conocimiento de los compañeros en general es más bien el hecho de que raramente se consiguió plantear la discusión sobre la organización con la claridad y la precisión que lo hizo el grupo ruso, que trata de resolver el asunto sobre las bases expuestas.

Los compañeros de este grupo sostienen, además, que el tiempo de las discusiones sobre el pro o el contra la organización ha terminado ya y que en lo sucesivo no hay más que procurar organizar las fuerzas anarquistas sobre la base de un programa claro, y avanzar.

* * *

De la discusión apuntada resulta que tanto Volin como Archinoff reconocen la necesidad de la organización, pero uno de ellos (Archinoff) entiende esa organización como un partido comunista anarquista, pues para él las demás tendencias, más que anarquistas, son degeneraciones pequeño-burguesas de la anarquía. Mientras Volin, siempre fiel a la idea inspiradora de la organización anarquista ukraniana "Nabat", desea que esa organización anarquista única sea la resultante de las tres tendencias que forman el anarquismo, es decir: la comunista, la individualista y la sindicalista.

Según mi opinión, de un modo u otro, esta idea de la organización única, monopolizadora de todo el movimiento, es profundamente errónea, por cuanto no sólo hay países en que, por las necesidades de la lucha, por la posibilidad de la difusión de nuestras ideas, es imposible agrupar todas las iniciativas en un solo organismo, sino que eso no es deseable. Al contrario, pienso que la multiformidad de los medios de lucha y de propaganda es condición primordial de una mayor y más profunda divulgación de nuestras ideas. Medios diferentes que, sin embargo, no se contradicen ni se eliminan, sino que más bien se complementan.

Sobre esta cuestión, que seguramente atraerá la atención de los compañeros, volveré en cuanto me sea posible.

Suscripción mensual al diario y al Suplemento, $ 2.50 — al Suplemento solamente, $ 5.00 por año.—

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

XII

Es necesario reconocer que los Estados no existen como algo separado de los gobernantes, que diciendo "Estado" decimos con ello mismo "gobierno", cuya existencia presupone también la existencia de súbditos. Como dice León Tolstoi, el Estado es "el conjunto de unos hombres que imponen su voluntad a otros". "Los anarquistas, apoyándose en la observación de la realidad — dice Reclus— entienden que el Estado y todo lo que con él se relaciona, no es algo abstracto, no es alguna forma filosófica, sino un conjunto de hombres, puestos en una situación especial cuya influencia sufren. Disponen de los mejores puestos, tienen más autoridad y más sueldo que el resto de sus conciudadanos".

Es curioso que hombres de ciencia no anarquistas como, por ejemplo, los célebres estadistas Duguit y Ellenick, comparten este criterio. Ellenick indica que "el Estado puede únicamente existir mediante sus órganos; si nos lo imaginamos sin ellos, queda, no el Estado como portador de sus órganos, sino una *nada* jurídica". Duguit escribe: "Si detrás de lo que se llama Estado no hay nada, significa que el Estado es una ficción pura. Significa que en realidad existen únicamente los órganos, o sea hombres que imponen a otros hombres su voluntad lo grándolo mediante imposición material", o como diríamos nosotros, por la fuerza bruta, la violencia. El Estado son los gobernantes. El Estado es la "dominación de los más fuertes".

XIII

El gobierno, oprimiendo a los demás hombres, se pervierte y pervierte a sus súbditos. Eliseo Reclús tenía razón cuando decía que las múltiples tentaciones a que, "por la posición que ocupan, son sometidos los gobernantes, los hace caer fatalmente más bajo del nivel moral común". Y realmente, malhechores, disolutos y perversos como, por ejemplo, los zares rusos, era difícil encontrar entre sus súbditos.

Los gobernantes, profundamente corrompidos, corrompen a todos los que están en contacto con ellos. Los corrompen por la fuerza y por el soborno. Bajo la amenaza de penas severas enseñan a la juventud el arte de matar a los hombres, obligan por la fuerza a los jóvenes a hacer el servicio militar y les enseñan que es bueno y meritorio matar a los hombres. Sobornan a diestra y siniestra y exigen de las personas sobornadas determinados servicios (como hace con los funcionarios públicos). Sobornan a los hombres de ciencia pagándoles sueldos en calidad de profesores. Convierten una parte — la más grande — de sus súbditos en siervos, pervirtiéndoles hasta la mentalidad de modo que ni siquiera pueden imaginarse lo que es ser libres. Crearon los tribunales y los jueces, estos verdugos insensibles, cuyos crímenes horrendos conmueven el corazón de todo ser humano.

El gobierno que constantemente esgrime la amenaza de la violencia e incesantemente la emplea, ejecuta los crímenes más abominables, hasta el asesinato de indefensos, inclusive, y difunde la criminalidad.

XIV

Toda la actividad de los gobernantes beneficia únicamente a ellos y perjudica al resto de los hombres.

"¿Pero acaso nos engañábamos todos hasta ahora? Todos teníamos el gobierno por una institución útil y necesaria, pues de lo contrario el gobierno no existiría". Pero del hecho, por ejemplo, de que existan bandidos, no se deduce que los bandidos sean útiles y necesarios. Además, no todos consideraban el gobierno como cosa útil. Ante todo, no nos engañábamos nosotros, los anarquistas, que conceptuamos al gobierno inútil y pernicioso. No somos nosotros los únicos que pensamos así. Tal como testimonia un observador tan sagaz como León Tolstoi, todo el pueblo ruso comparte nuestro criterio a excepción de una pequeña parte del mismo, que se ha impregnado de instintos autoritarios. En Diciembre de 1899 escribía Tolstoi: "Es indudable que en el momento actual el pueblo ruso, el pueblo auténtico, como consecuencia de los crímenes que con él ha cometido y comete el gobierno ruso, perdió no tan sólo el respeto hacia su gobierno, sino también la fe en la necesidad de gobierno alguno"... "La organización autoritaria que nos oprime y nos pervierte, no es tan sólo inútil, es algo hostil, repugnante e innecesario, inservible para cosa alguna". (L. Tolstoi).

La humanidad conoció errores que se mantuvieron durante siglos y milenios. Durante siglos creyeron los hombres que la montaña Olimpo (en Grecia) estaba habitada por dioses que comían, bebían, se divertían y regían los destinos de los hombres. Los egipcios creyeron durante miles de años que Osiris, Tifón y otros dioses escuchaban sus plegarias y que el buey Apis era un dios.

Muchos son los absurdos en los que, en el transcurso de su historia, creyeron los hombres a ojos cerrados, llegando hasta a quemar a los que contradecían sus dogmas y se atrevían, por ejemplo, a afirmar que la tierra giraba en rededor del sol.

En nuestros días los hombres mantienen la absurda creencia de que el gobierno es necesario, y hasta hay quien cree que puede haber gobierno bueno.

XV

Gobierno bueno, con el que los republicanos juraban hacer la felicidad de los franceses, y con el que los socialistas prometen hacer la felicidad de Rusia, es inconcebible. Para que el gobierno cometa a cada instante yerros y actos de nominados criminales, hay que poner sobre él otro gobierno, y sobre éste otro, y así hasta el infinito.

Sabemos hasta qué punto están corrompidos los gobiernos democráticos de las repúblicas modernas. Su actitud hacia las masas obreras, unas veces ferozmente agresiva y de hipócrita protección otras, su incompetencia, necedad y maldad, salta a la vista de todo aquel que tuvo oportunidad de estudiar de cerca la actividad de estos gobiernos. En las repúblicas democráticas vemos cómo los gobiernos adulan a los capitalistas. Nos encontramos en presencia de la hipocresía elevada al más alto grado. Estamos frente a un engaño asombrosamente hábil y audaz de las masas del pueblo, gracias al cual, eligiendo a sus gobernantes, estas masas creen que participan en el gobierno. Siendo que, en realidad, están sometidas a los gobernantes más que antes, aunque se llaman "pueblo soberano".

Y los gobiernos parlamentarios, democráticos y socialistas oprimen al "pueblo soberano" no menos que lo oprimían los gobiernos autocráticos y feudales.

Unicamente lo que con la acción directa — sublevaciones, luchas — arrancaron a los gobiernos de distinta especie las masas del pueblo, únicamente esto es lo que han obtenido. Solamente lo que estas masas quieren y pueden defender a cada instante con sus propias fuerza, es lo que poseen.

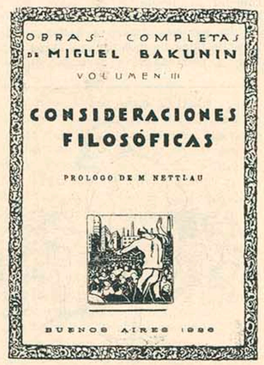
Pero, ¡desgraciadamente!, es tan poco lo que poseen. Hasta las libertades burguesas en todas las democracias son privilegio de los ricos. Los obreros ni siquiera tienen la seguridad de un relativo bienestar, ni aun el más modesto. Y durante las grandes agitaciones obreras, que eran sofocadas a sangre y fuego, como sucedió en la República francesa en junio de 1848 y en mayo de 1871, la venganza del gobierno republicano, caída sobre los obreros alzados en defensa de sus derechos, no era menos feroz que la venganza del gobierno monárquico ruso en los años 1905-1907.

XVI

¿Qué es, pues, lo que mantiene unida a la sociedad?? ¿Qué, sino las leyes, las ódenes del gobierno?

¿Cómo se mantiene todo el universo? ¿Por qué no se disgregaron y confundieron hasta ahora en un caos informe los grupos armónicos de estrellas y planetas? Los hombres creían, que el poder del "gran arquitecto" — dios — arrojó estos globos ígneos y fríos al espacio infinito y trazó a cada uno de ellos un recorrido fijo. Hoy día se asabe que todos estos cuerpos llegaron al equilibrio, que la gravitación universal no es otra cosa que la equivalencia de los movimientos de los infinitamente pequeños — las oscilaciones de los átomos — que llenan los espacios celestes.

Con mayor facilidad aún se establecerá el equilibrio — la armonía — entre los hombres que disfruten de la libertad. "Ante nosotros — dice Kroptkin — se diseña ya la sociedad, que se posesiona de todo el capital social, acumulado por el trabajo de las generaciones pasadas, y que se organiza de modo que pueda emplear éste capital en beneficio de todos, sin crear nuevamente una minoría dominante. En esta sociedad entra una variedad infinita de aptitudes, temperamentos y fuerzas personales; no se excluye de su medio a nadie. Llega hasta a desear la lucha de estas fuerzas diversas, desde que reconoce, que las épocas, en que las diferencias existentes eran discutidas libremente y libremente luchaban, cuando ningún poder restablecido pesaba en la balanza, eran las épocas de mayor desarrollo de la inteligencia humana. Reconociendo a todos sus miembros idénticos derecho a todos los tesoros acumulados por el pasado, no conoce, ésta sociedad división en explotados y explotadores, súbditos y gobernantes, sino queti ende a establecer en su medio una cierta correlación armónica — no mediante el sometimiento de todos sus miembros a alguna autoridad que se considerara representante de toda la sociedad, ni mediante tentativas de establecer la diversidad, sino llamando al desenvolvimiento libre, la libre iniciativa, la actividad libre, la libre unión".



Un tomo de 350 páginas, $ 1.50

PRECIO 10 CENTAVOS

JEAN GRAVE.

Páginas de la vida de un propagandista

(*Conclusión*)

Otro día fué la visita de Bernard Lazare la que recibí. Era bastante valeroso de su parte afirmar así sus simpatías, pues en el curso de nuestra conversación me dijo que en las esferas gubernamentales se pensaba, si éramos condenados, expedirnos a un lugar de los más malsanos del Africa, y de proceder así con otras hornadas, de las que se *beneficiarían* los literatos y periodistas culpables de haber mostrado sus simpatías por la idea anarquista.

Además de esto, me dió algunas noticias de fuera y me prometió volver. Pero, sin duda, no pudo conseguir la autorización, pues no le ví más.

Otro día vi dibujarse una parte de rostro en el ventanillo de la puerta de mi celda y una voz me interpeló si yo era realmente Juan Grave. Ante mi afirmación, la voz me preguntó ¿cómo me encontraba? No del todo mal, dije. Veo, continuó la voz, que toma su situación filosóficamente. Pero hay gente que se ocupa de usted en el ministerio de justicia. Tenga paciencia".

¡Que se ocupaban de mí en el ministerio de justicia! Se me trataba demasiado bien para que lo advirtiera. Llamado a expresar mi opinión, hubiera dicho asímismo que se ocupaban demasiado de mí.

¿Qué era eso? ¿De qué modo se ocupaban de mí? Yo no lo supe jamás.

Por mi pariente había sabido que Mereaux, el ex gerente de la "Révolte" había sido arrestado. Que había tenido una crisis de locura furiosa, que se le había tenido que meter en una celda acolchonada.

Perrare, que había venido a París, también había sido arrestado. Su mujer, que había ido a llevarle víveres, le había hecho preguntar por el mandadero qué libros era necesario llevarle.

—Que me traiga "La Tierra" — había respondido Perrare.

—¿Tierra? — dijo el guardián indignado. — Su celda está bastante sucia sin eso.

* * *

Durante los ocho meses que transcurrieron desde mi arresto hasta el proceso de los treinta, yo no fui por los dos procesos más que cuatro o cinco veces a la instrucción.

Fui una vez mientras estuve en la Conserjería, por la "*Sociedad moribunda*". Me hicieron pasar por el bulevar del Palacio. Como me habían quitado mi cinturón, mi pantalón, demasiado largo, me caía sobre los talones, y esto me forzaba a sostenerlo con una mano, mientras que el guardián de París me tenía la otra muñeca con las esposas. Tenía la apariencia de un verdadero apache. Veo aún la mirada de horror que me lanzaron dos viejas damas con quienes nos cruzamos.

Otro día — había sido vuelto a Mazas — fui conducido nuevamente ante "Mayet". En su gabinete se encontraba ya Gauche. Precipitarnos uno hacia el otro, estrecharnos la mano, todo fué hecho en un abrir y cerrar de ojos. Hacía tanto bien ver, por fin, la cara de un hombre honesto. El paternal — oh, la bestia sucia — Mayer nos miraba.

Nos careaba porque Gauche me había dado algunos centenares de francos. Era necesario saber si eso no había sido para comprar dinamita.

Yo tranquilicé al señor, confirmando que me había sido dado para pagar una reedición de "*Dios y el Estado*", de Bakunin.

En el curso de la conversación, Mayer me dijo que Gauche había hecho su testamento a mi favor.

Observé que no tenía muchas probabilidades de aprovecharme de las buenas disposiciones de Gauche, siendo este último mucho más joven que yo.

En fin, en el momento de volver a Mazas, Mayer me dijo:

—Le pido perdón o le presento mis excusas por haberle hecho esperar tanto tiempo, pero tenía tantos de sus compañeros para ver, para interrogar, que eso me ha tomado mucho tiempo. Pero ya toca a su fin. Tendré pronto una solución.

Yo no sé por qué, en el tono de este Mtre. Pathelin me pareció comprender que era un *no ha lugar* el que era menester esperar.

Sí, pero vete a paseo. Una mañana que yo estaba en el paseo, mis guardianes me dijeron que Carnot había sido muerto en Lyon por un tal Santo Caserio.

Mi primera reflexión no fué sobre Carnot, cuya desaparición no me interesaba en lo más mínimo, sino sobre la influencia que podría tener sobre las declaraciones de Mayer, quien no tardó en hacérmelas recordar.

Después de un insignificante charlatanéo, me renovó su pesar por haber tenido que hacerme esperar tanto tiempo su decisión, pero que, esta vez, quedaría muy pronto juzgado.

En el tono en que me espetó eso comprendí de qué se trataba. Era el envío a la Corte de Assises.

Poco tiempo después recibía la sentencia de la Cámara de acusación, volviéndonos a enviar a las Assises, seguida de la lista del jurado de la sesión.

* * *

Después del arresto en cuestión tuve que retornar a la Conserjería.

En la celda en que me alojaron se encontraba un tipo raro, a quien esta vez no sacaron.

Estaba acusado de haber muerto a su mujer de un tiro. Estaba en prisión preventiva hacía un año, me dijo. Era mi amigo "Mayet" quien instruía el sumario.

El detenido pretendía que fué su mujer la que se había suicidado después de una escena de celos. El juez estaba seguro que era el detenido quien la había matado y quería forzarlo a que confesara.

Le retendré hasta que haya confesado, le decía en cada entrevista. "Le haré cortar el cogote", le amenazaba por otro lado. Habría llegado, según el preso, a cogerlo del cuello, sacudiéndole furiosamente. "Le haré reventar en la prisión".

Los primeros días, mi compañero de celda sostenía que era su mujer la que se había suicidado. Pero, poco a poco, se fué descubriendo, pues contó que su mujer le había hecho una escena con motivo de otra mujer, de la que ella estaba celosa — el tipo, sin embargo, no tenía nada de apetecible — que ella había cogido un revólver, pero que él la había tomado en sus brazos, sentándola sobre sus rodillas, para calmarla, y que, tratando de quitarle el revólver, el tiro había partido.

Y, en tren de confidencias, confesó que el informe del perito en balística afirmaba la imposibilidad de que el tiro hubiese sido disparado por la misma víctima.

—Asustado por las amenazas de Mayer — agregó — me he empeñado en afirmar que fué mi mujer la que se mató por sí misma. No me he atrevido a modificar mi actitud. ¿Qué me aconseja hacer usted?

El buen hombre no tenía nada de simpático. Me hizo acordar del actor que, en el teatro St. Marcel representaba el rol de Rodin en el "*Judío Errante*", de Eugenio Sue, pero la idea de hacerle una pasada a Mayer me hizo decir al tipo:

—¿Sabe usted lo que tiene qué hacer? Cuando esté ante el tribunal, cuando se le haya leído la acusación y el presidente vaya a interrogarle, póngase a lloriquear como un chico. Cuéntele las amenazas y violencias de que acusa a Mayet, recargándolas ligeramente, de acuerdo con las circunstancias y añadiendo que, ante sus amenazas, no se atrevió a decir la verdad.

El consejo le agradó. Era franc-masón, me dijo. Al entrar en el pretorio haría el signo de la angustia, a fin de provocar la compasión de los "hermanos" si los había en el Jurado.

Llegó el día del proceso. Vinieron a buscar al buen hombre, que partió, asegurándome que seguiría mis consejos.

La audiencia no debió durar mucho tiempo, o por lo menos así me pareció, pues no tardó en volver.

—¿Y bien? — dije, cuando entró.

—Me... me... han... ab... absuelto — dijo, llorando como un chiquillo.

—Entonces, es inútil seguir llorando. No haga necedades.

Enjugó sus lágrimas, hizo su paquete y partió. He olvidado su nombre. Espero que no habrá vuelto a comenzar.

¿Fueron los consejos que yo le dí o la suerte lo que valió la absolución? Nunca lo he sabido.

* * *

No mucho después me llegó el turno de afrontar los debates. Para conducirnos a la Corte de Assises nos hicieron atravesar los subterráneos de la Conserjería.

Inútil describir los apretones de manos y las congratulaciones que se cambiaron cuando nos encontramos reunidos. Faure había sido traído del Depósito, donde, por gracia especial, había quedado todo el tiempo de la prevención.

Todos encaraban el proceso sin temor, no pensando sino en afirmar sus ideas.

Antes de la apertura de los debates, Saint-Auban me había prevenido que los jueces hacían gran hincapié en un folleto que yo había publicado en 1882 u 83, bajo el pseudónimo de Jean le Vagre, — una reminiscencia de mis lecturas de "capa y espada" — que algún "amigo" desconocido les había hecho llegar. El mismo, tal vez, que, más tarde, debía documentar a Gonier a su manera.

Era la "Organización de la Propaganda Revolucionaria", en la cual yo había, en efecto, construído una novela conspiradora en la que mostraba que, al abrigo de la propaganda pública, podía muy bien realizarse la "propaganda por el hecho". En esa época nosotros estábamos todos obsesionados por esta fórmula de Brousse, y comprendíamos la propaganda por el hecho simplemente desde el punto de vista terrorista.

Teóricamente, mi novelita constituía, y podía ser, en efecto, un arma sólida contra nosotros. ¿Hubiera sido posible ponerla en práctica? Era esto lo que quedaba por demostrar. Pero, tal cual, eso podía influir sobre el jurado.

En todo caso, me dijo Saint-Auban, Vd. no puede desconocer su folleto.

No tengo, en modo alguno, esa intención. Trataré de desembarazarme lo mejor posible.

Felizmente Bulot fué bastante necio para no saber utilizar el documento frustrando así la esperanza del enviado oficioso del folleto.

¿Se hizo mención de él en el curso de los debates? Me parece que sí, pero sólo fué incidentalmente, pues he olvidado lo que se dijo respecto a él y qué pasajes se leyeron.

* * *

Cuando se llegó al interrogatorio — yo fuí el primero en ser interrogado — Bulot reclamó las puertas cerradas para mí y Faure. Se trenzó en un debate y Saint-Auban, ayudado por Desplant, el defensor de Faure, reclamó, si se pronunciaban las puertas cerradas, que fuese para todos. Medida de la que nunca comprendí la utilidad. Pero los abogados tenían, sin duda, su idea.

Fué Bulot el que triunfó. Se resolvió deliberar a puertas cerradas para nosotros dos solos, Faure y yo.

El presidente, que se llamaba Dayran, no me pareció un mal tipo. Como a cada pregunta se retardaba en agregar reflexiones creí que quería jugarme la mala pasada del proceso de la "Sociedad Moribunda", y, en el momento en que se retardaba sobre una pregunta, le interrumpí diciéndole que si hablaba todo el tiempo, yo no tendría ninguna probabilidad de pronunciar una palabra, con gran escándalo de los abogados, que me hicieron signo de que callara. Pero yo había logrado mi objeto. Dayran, a continuación, fué sobrio en reflexiones. Pude responder a mis anchas.

¿Sus preguntas? Las he olvidado completamente. Muy baladíes, en verdad. Como lo fueron casi todas, siempre, en to-

dos los procedimientos a través de los cuales hube de pasar.

En un momento, como representara la oficina de la "Révolte" como un nido de conspiradores, le interrumpí objetando que "no pudiendo producirse en París un atentado sin que, a continuación, tuviera media docena de allanamientos que sufrir, hubiera sido menester que fuera el último de los idiotas para intentar forjar allí conspiraciones.

Casi iba a decir: "No se tira un solo pedo en París", pero me desvié a tiempo, juzgando que, después de todo, no era necesario ser vulgar.

En otro momento me leyó un artículo que, sin ninguna prueba — puesto que los artículos en la *Révolte* no eran firmados — se me atribuía. Mucho menos estaba firmado el suelto que me atribuía Bulot y que le pesaba tan fuerte en la conciencia. Pero todo es bueno contra un perro cuando uno quiere desembarazarse de él. Por otra parte, uno y otro estaban hartos de mí.

Cuando dije que leyera el artículo, eran, naturalmente, extractos hábilmente seleccionados y aislados del conjunto. También, cuando hubo terminado la lectura, le pedí que tuviera a bien leer la continuación. Pues yo me acordaba muy bien del artículo.

Hizo signo que no poseía esa continuación.

Saint-Auban va a leerlo, dije yo, seguro de darle con el canto en los dientes.

Pero Saint-Auban no había creído deber traer la colección de la "Révolte" que yo le había hecho pasar. Hube de suplirlo con mi memoria.

El artículo se titulaba *"Las responsabilidades"*. Comenzaba reconociendo que, al predicar la rebelión, nosotros no teníamos ciertamente por norte hacernos los resignados, que era muy posible que tuviéramos nuestra parte de responsabilidad en los actos de rebelión que se realizaran; que nosotros la aceptábamos, pero que cada uno debía asumir la suya.

Y yo continuaba diciendo que los gobernantes, por su mala fe y su arbitrariedad, contribuían mucho, por su parte, a agregar algunos hilos a la mecha que ardía.

También los capitalistas, los financistas, mercaderes que se enriquecían con la ruina y la miseria que ellos organizaban.

También los jueces, con su complacencia con el poder.

Era un trozo un poco largo para mi elocución más bien difícil, pero, sin acordarme mucho de lo que charlaba, creo que estuve bastante bien.

Dayran tenía el pico cerrado, y, lo que fué más sorprendente, es que Bulot no intervino ante mi patada a los jueces. Aunque más no hubiera sido para subrayarla.

Saint-Auban me dijo que Dayran estaba disgustado del trabajo que le hacían efectuar. Es muy posible. El no lo realizaba menos. De una manera bastante desinteresada parecía, pero no haciéndose menos cómplice de esta comedia que podía terminar en tragedia. Si, respecto a Bulot, hubiéramos sido tan insolentes, como ese señor lo fué con nosotros, yo dudo que él hubiera tolerado, como toleró, la groseraí del "hombre rojo".

Pero no he de rehacer el informe del proceso. Todo el mundo conoce las espirituales salidas de Feneon. No hubo un solo desfalleciente. Todo el mundo fué digno.

En su alegato, Saint-Auban fué elocuente (1).

* * *

Entre los testigos desfilaron los notables de Picquefleur, donde Emilio Henry y sus cómplices habían hecho una razzia tan hermosa. Era sobre todo el alcalde, el espécimen de burgués charlatán, vanidoso y pretencioso.

Vino también d'Esparbes, quien, habiendo tenido comunicación de los informes de la policía sobre Sebastián Faure, donde éste era acusado de haber querido forzar a su mujer a prostituirse, publicó un artículo innoble sobre él. Innoble porque era enteramente cobarde hacer el trabajo de los gollillas y de los policías, atacando a un acusado, fuera quien fuere. Su actitud, por otra parte, fué lastimosa.

En su alegato, Saint-Auban, hablando de mi honestidad, pues en su informe los policías no habían podido encontrar nada a mi respecto, gritó, volviéndose hacia mí y señalándome con un gesto un poco teatral — es necesario confesarlo — ¡Mirad su rostro!

Pero, justamente en ese mismo momento, no sé a propósito de qué, mi mirada estaba fija en el suelo, yo bajé la cabeza, haciendo así desmerecer el efecto de Saint-Auban. Que me habrá perdonado, lo espero.

Durante un intervalo, Lagasse, que defendía a un camarada, me confió que tenía un mensaje para mí el que le había encargado Ravachol, que me lo diría más tarde, en otro momento. Pero yo no tuve la ocasión de volver a verlo e ignoro cuál era el mensaje de Ravachol.

Después de los alegatos, Bulot esputó su bilis. A causa de mi suelto convirtió el asunto en una cuestión personal contra mí. No desperdició la ocasión de intercalarla en su diatriba.

Pero el proceso se arrastraba — duró ocho días —; el mismo Bulot sentía la fatiga. Hizo decir a los abogados que si ellos se abstuvieran de replicarle él se abstendría de tomar la palabra. Llegó el momento de presentar nosotros mismos nuestra defensa.

Siempre persuadido que no se podía leer, yo no había, pues, preparado nada. Saint-Auban me dijo que era necesario absolutamente que yo dijese algo. Me trajo un papel que debía leer.

Habiendo echado una mirada sobre él le dije que no podía leerlo. Había una retractación formal de los ladrones que se habían adjuntado al proceso. Yo quería muy bien echarlos por la borda en el diario, pero no delante de un tribunal. En fin, reflexionando que en la lectura podría corregir el pasaje en cuestión, acepté leer el documento.

Pero, aun para leerlo, fué todavía más difícil, pues no estaba preparado para ello. El aparato de la justicia me dejaba absolutamente frío. Los jueces, en su distraz, me hacían el efecto de verdaderos polichinelas, aunque menos divertidos que los verdaderos. Para responder al presidente no había tartamudeado. Pero cuando tuve que leer esa declaración, eso fué más fuerte que yo. Mi voz temblaba de tal manera que tuve que detenerme para decir al jurado que no prestase atención. Que yo no estaba habituado a hablar en público. Saint-Auban, Desplant y camaradas se ofrecieron para leer por mí. Pero más bien la muerte que tener que amilanarme. Y había, sobre todo, el pasaje concerniente a los ladrones que cambiar. Me erguí y pude continuar sin tropiezos.

Llegado al pasaje en cuestión declaré que en anarquía cada uno obraba como le parecía bueno. Que yo estaba allí para responder sólo de lo que yo había hecho: los ladrones también estaban allí para responder por sus actos. Terminé rechazando los insultos de Bulot, mirándole fijamente, diciéndole que le era muy fácil ser insolente, defendido como estaba por el orden actual.

Saint-Auban volvió a pedir el papel, para dárselo a la prensa. Al dárselo, le hice observar que era necesario cambiar el pasaje en el sentido que yo había mencionado. El me prometió hacerlo. Pero, más tarde, al leer los informes, tuve la mortificación de comprobar que, en su apresuramiento, sin duda, había olvidado hacer las rectificaciones pedidas. Era demasiado tarde para volver sobre eso.

* * *

Después de la requisitoria tuvo lugar una suspensión de la audiencia. Cuando volvió la Corte, parecía una verdadera desbandada. Se observaba que los gollillas veían la partida perdida. Bulot parecía un idiota llevando su vestido recogido sobre el brazo, dejando ver un pantalón claro. Se habría dicho un descendimiento de la Courtille. Temis no gana en ser vista en *negligé!*

Entre los ladrones había un obrero zapatero, llamado Chericoti. Cuando le llegó su turno de hablar, se contentó con declarar que había trabajado siempre para vivir, que, fuese cual fuese la terminación del proceso, él tendría que continuar trabajando. En el tono en que pronunció esas pocas palabras, se sentía la sinceridad. Había allí algo de patético.

Ignoro si había participado en los hurtos. Pero había sido en su casa donde habían encontrado el material de imprenta que poseía la banda.

Para esperar el veredicto nos habían llevado a otra sala. Los acusados permanecieron alegres, cambiando bromas. No se habría dicho que, en suma, se trataba de veinte años de cárcel en perspectiva para cada uno. Los abogados parecían mucho más emocionados que nosotros. Saint-Auban marchaba apoyado del brazo de Desplant, arrastrándose como si sus piernas le soportaran difícilmente.

En fin, nos llegó un rumor de que estábamos absueltos. El jurado tardaba mucho tiempo en ponerse de acuerdo. La nueva se confirmó. Estábamos absueltos, excepto, bien entendido, los ladrones. El subteniente que comandaba los guardias de París que nos guardaban vino a felicitarnos y a estrecharnos la mano. Desplant y Saint-Auban nos recomendaban que estuviéramos tranquilos.

Llevados ante el tribunal nos fué leído el voto del jurado. Íbamos a ser libertados una vez llenadas las formalidades necesarias para ser puestos en libertad.

¡Íbamos a ser libertados! Aquellos que no tenían otra condena. Los reincidentes como yo tendrían que reintegrarse a Mazas. Math estaba en el mismo caso que yo.

Se nos hizo salir para hacer entrar a los ladrones y leerles su sentencia.

Saint-Auban me dijo que el jurado no había estatuído sino sobre mi caso. Habiendo arrastrado mi absolución la de mis coacusados. Pero que yo no había sido absuelto sino por una sola voz, la del presidente del jurado. Me habló de no sé qué irregularidad. Bulot o el presidente se habían presentado mientras deliberaba el jurado. Por lo demás, esto no tenía ninguna importancia, puesto que estábamos absueltos.

Las formalidades para libertar a los afortunados fueron bastante largas. Si dijera que no tenía el corazón en un puño al ver partir a los otros, faltaría a la verdad. Pero el alivio de escapar a veinte años de cárcel atenuaba un poco mi desazón. Fuí reintegrado a la Conserjería, y en seguida a Mazas.

Quedé en Mazas todo el fin de agosto, esperando mi traslado a Clairveaux.

Un día le dije a mi guardia que quería ir a tomar un baño. Me costó un trabajo enorme obtenerlo. Pero cuando les pedí una tijera para cortarme las uñas de los dedos de los pies, se pusieron á reir como locos, como si les hubiese pedido la luna. Supongo que eso era un lujo para ellos mismos, tan cómico les parecía. No conseguí las tijeras.

En fin, en los primeros días de septiembre, hacia el anochecer, vinieron a buscarme para ser trasladado a Clairveaux.

—(*—*)—

(1) *Saint-Auban dejó publicados los alegatos en el volumen: "L'Histoire Sociale du Palais de Justice".*

RAFAEL BARRET

MI ANARQUISMO

Me basta el sentido etimológico: "ausencia de gobierno". Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo.

Será la obra del libre examen.

Los ignorantes se figuran que anarquía es desorden, y que sin gobierno la sociedad se convertirá siempre en el caos. No conciben otro orden que el orden exteriormente impuesto por el terror de las armas.

Pero si se fijaran en la evolución de la ciencia, por ejemplo, verían de qué modo a medida que disminuía el espíritu de autoridad, se extendieron y afianzaron nuestros conocimientos. Galileo, dejando caer de lo alto de una torre objetos de diferente densidad, mostró que la velocidad de caída no dependía de sus masas, puesto que llegaban a la vez al suelo, los testigos, de tan concluyente experiencia se negaron a aceptarla, porque no estaba de acuerdo con lo que decía Aristóteles. Aristóteles era el gobierno científico; su libro era la ley. Había otros legisladores: San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Anselmo. ¿Y qué ha quedado de su dominación? El recuerdo de un estorbo. Sabemos muy bien que la verdad se funda solamente en los hechos. Ningún sabio, por ilustre que sea, presentará hoy su autoridad como un argumento; ninguno pretenderá imponer su ideas por el terror. El que descubre se limita a descubrir su experiencia, para que todos repitan y verifiquen lo que él hizo. Y esto qué es? El libre examen, base de nuestra prosperidad intelectual. La ciencia moderna es grande por ser esencialmente anárquica. ¿Y quién será el loco que la tache de desordenada y caótica?

La prosperidad social exige iguales condiciones.

El anarquismo, tal como lo entiendo, se reduce al libre examen político.

Hace falta curarnos del respeto a la ley. La ley no es respetable. Es el obstáculo a todo progreso real. Es una noción que es preciso abolir.

Las leyes y las constituciones que por la violencia gobiernan los pueblos son falsas. No son hijas del estudio y del común asenso de los hombres. Son hijas de una minoría bárbara, que se apoderó de la fuerza bruta para satisfacer su codicia y su crueldad.

Tal vez los fenómenos sociales obedezcan a leyes profundas. Nuestra sociología está aún en la infancia, y no las conoce. Es indudable que nos conviene investigarlas, y que si las logramos esclarecer nos serán inmensamente útiles. Pero aunque las poseyéramos, jamás las exigiríamos en Código ni en sistema de gobierno. ¿Para qué? Si en efecto son leyes naturales, se cumplirán por sí solas, queramos o no. Los astrónomos no ordenan a los astros. Nuestro único papel será el de testigos.

Es evidente que las leyes escritas no se parecen, ni por el forro, a las leyes naturales. ¡Valiente majestad la de esos pergaminos viejos que cualquier revolución quema en la plaza pública, aventando las cenizas para siempre! Una ley que necesita del gendarme usurpa el nombre de ley. No es tal ley: es una mentira odiosa.

¡Y qué gendarme! Para comprender hasta qué punto son nuestras leyes contrarias a la índole de las cosas, al genio de la humanidad, es suficiente contemplar los armamentos colosales, mayores y mayores cada día, la mole de fuerza bruta que los gobiernos amontonan para poder existir, para poder aguantar algunos minutos más el empuje invisible de las almas.

Las nueva décimas partes de la población terrestre, gracias a las leyes escritas, están degeneradas por la miseria. No hay que echar mano de mucha sociología, cuando se piensa en las maravillosas aptitudes asimiladoras y creadoras de los niños de las razas más "inferiores", para apreciar la monstruosa locura de ese derroche de energía humana. ¡La ley patea los vientres de las madres!

Estamos dentro de la ley como el pie chino dentro del brodequín, como el baobab dentro del tiesto japonés. ¡Somos enanos voluntarios!

¡Y se teme si rompemos el tiesto y nos plantamos en plena tierra, con la inmensidad por delante! ¿qué importan las formas futuras? La realidad las revelará. Estemos ciertos de que serán bellas y nobles, como las del árbol libre.

Que nuestro ideal sea el más alto. No seamos "prácticos". Nos intentemos "mejorar" la ley, sustituir un brodequín por otro. Cuando más inaccesible aparezca el ideal, tanto mejor. Las estrellas guían al navegante. Apuntemos en seguida al lejano término. Así señalaremos el camino más corto. Y antes venceremos.

¿Qué hacer? Educarnos y educar. Todo se resume en el libre examen. ¡Que nuestros niños examinen la ley y la desprecien!